



Deporte y modernidad. El surgimiento de los Juegos Olímpicos modernos

Juan Bautista Paiva

Question/Cuestión, Nro.77, Vol.3, Abril 2024

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e863>

Deporte y modernidad. El surgimiento de los Juegos Olímpicos modernos

Sport and modernity. The emergence of the modern Olympic Games

Juan Bautista Paiva

Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder “Aníbal Ford” (INESCO)
Argentina

juanpaiva.92@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0975-6985>

Resumen

El presente artículo tiene el objetivo de recuperar una serie de acontecimientos históricos relacionados con las actividades deportivas a finales del siglo XIX y principios del XX, para reflexionar sobre las características del deporte contemporáneo ya que en este período histórico fue cuando se crearon las instituciones y las organizaciones que han desarrollado las regulaciones de los deportes. La existencia de estos organismos no puede ser pensada de forma escindida de las transformaciones culturales, políticas, científicas y sociales que tuvieron lugar en este período. Estos cambios, producidos en un contexto en el cual las naciones imperialistas parecían no encontrar límites en su búsqueda por controlar las riquezas del mundo, construyeron un nuevo escenario en el que las expresiones deportivas comenzaron a ser vistas como un indicador de incorporación a la modernidad y las instituciones deportivas se

convirtieron en un signo de esta modernización. Las premisas analizadas no son una cuestión de aquel tiempo, sino que aluden a problemáticas que se siguen reproduciendo y se expresan en los escenarios del deporte profesional: los casos de racismo, violencia de género y otras formas de discriminación y segregación son una constante en los grandes eventos del deporte moderno, como los Juegos Olímpicos.

Abstract

This article aims to recover a series of historical events related to sporting activities at the end of the 19th century and the beginning of the 20th century, to reflect on the characteristics of contemporary sport since this historical period was when the institutions and organizations were created. organizations that have developed sports regulations. The existence of these organizations cannot be thought of in isolation from the cultural, political, scientific and social transformations that took place in this period. These changes, produced in a context in which imperialist nations seemed to find no limits in their quest to control the wealth of the world, built a new scenario in which sporting expressions began to be seen as an indicator of incorporation into modernity and Sports institutions became a sign of this modernization. The premises analyzed are not a question of that time, but rather they allude to problems that continue to be reproduced and expressed in the scenarios of professional sports: cases of racism, gender violence and other forms of discrimination and segregation are a constant in the major events of modern sport, such as the Olympic Games.

Palabras clave: Deporte; modernidad; Juegos Olímpicos.

Key words: Sport; modernity; Olympic Games.

Juegos Olímpicos y modernidad

El proyecto del pedagogo Pierre Fredy de Coubertin, barón de Coubertin, para resurgir y organizar los Juegos Olímpicos de la Antigua Grecia se produjo en un momento histórico marcado por el avance industrializador y mercantil de los principales países de Europa Occidental y por los progresos científicos y técnicos en el marco de una expansión colonial sin

precedentes en África, Asia, Oceanía y América. Durante estos años, sus economías pasaron de ser agrarias y rurales a ser industrializadas y urbanas. Este pasaje trajo consigo grandes crecimientos económicos que a la vez fueron acompañados por políticas expansionistas y colonialistas que buscaban ampliar los alcances de los comercios que se articulaban desde las metrópolis. Estos cambios requerían de una reorganización política y una transformación cultural y social en distintas esferas sociales, como el trabajo, los controles del crecimiento poblacional, la necesidad de mejoras en las comunicaciones y los sistemas de transportes terrestres y fluviales. Es decir, este nuevo escenario de modernidad estuvo signado por un pasaje de la agricultura a una estructura industrial y comercial de escala global impulsada por los avances en la ciencia y técnica.

Durante este período es donde nació lo que se conoce como *la política moderna* y donde comienzan a surgir los Estados Nación. Este es un mundo cada vez más interconectado por los transportes y las comunicaciones en un tablero político donde se imponían los intereses y el poderío militar de los imperios europeos occidentales. Durante este siglo XIX se desarrollaron notorios avances tecnológicos y medicinales, se expandieron los comercios, se fundaron ciudades, se transformaron legislaciones, como por ejemplo la abolición de la esclavitud, surgieron movimientos políticos y obreros con una capacidad de movilización masiva y se crearon teorías para entender los fenómenos sociales. Todas estas aristas conformaron un momento histórico de novedosos progresos en las formas de organización social. Pero también es un tiempo caracterizado por el conflicto social, donde hay una gran desigualdad en términos materiales y simbólicos entre las distintas clases sociales, donde el trabajo infantil es una problemática naturalizada, donde hay una enorme disparidad entre hombres y mujeres, que son reducidas al cuidado e la casa y la familia, donde la pobreza y las enfermedades crecen ante los hacinamientos de los centros urbanos y donde la violencia y la delincuencia son una problemática del cotidiano.

¿Pero cómo puede ser leído el regreso de los Juegos Olímpicos con este escenario de modernidad? ¿Por qué fue aquí que se los resurgió? ¿Cuáles fueron las condiciones que habilitaron a que esto ocurriera? ¿Cómo se entendió al deporte en los tiempos de la modernidad? Si bien las respuestas a estas preguntas son múltiples y requieren reflexionar

sobre las formas de organización social, política y económica que se hacían presentes en lo que se puede denominar como la *época victoriana*, construir un análisis sobre estas dimensiones nos permitirá dar cuenta de premisas específicas que habilitaran a indagar cuáles fueron los sustentos que dieron forma a los deportes modernos y cómo estos todavía se siguen haciendo presentes en las instancias competitivas del deporte profesional.

Antes de desarrollar estas afirmaciones, es oportuno recuperar lo que señalan los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunnig (2014) sobre la forma en que surgieron y se concibieron los deportes como hoy los conocemos, algo que está estrictamente asociado a este tiempo histórico ya que “la modernidad funda las bases para el progreso institucional del deporte al llevar alianzas, las regulaciones, los rasgos ceremoniales y lúdicos del juego al ordenamiento general, duradero, al margen de los condicionamientos locales” (p. 18). De esta manera, la generalización de las prácticas deportivas comenzó a asegurar la incorporación de amplias mayorías en un mismo orden normativo bajo estructuras de regulación generales con aplicaciones individuales fundadas en imperativos argumentativos y simbólicos. En estos patrones de regulación neutros es donde el deporte funda la posibilidad de afirmarse también como espectáculo. Es decir, a fines del siglo XIX y principios del XX las burguesías europeas se encuentran institucionalizando y reglamentando a los deportes para que tengan una capacidad de convocatoria masiva a través del establecimiento de reglas y normas que pueden ser comprendidas y realizadas y al mismo tiempo delimiten los alcances de la práctica. Esto no puede ser pensado de forma escindida de los nuevos paisajes de la vida cotidiana de la modernidad, donde los grandes centros urbanos son los protagonistas de congregaciones de millones de personas de distintos orígenes que han dejado atrás la vida rural y ahora buscan trabajo en los sectores industriales y comerciales.

Por ende, la configuración de los deportes como son conocidos hoy en día está íntimamente ligada al fortalecimiento de los Estados, a la urbanización, al nacimiento de instituciones como las escuelas y los medios de comunicación, y a las nuevas formas de vida que se constituyeron con el desarrollo de las sociedades industriales occidentales (<INFORMACIÓN ELIMINADA PROVISORIAMENTE PARA NO VULNERAR EL PROCESO DE REVISIÓN A CIEGAS>, 2020). En este punto, resulta oportuno traer a colación las palabras

del sociólogo Stuart Hall para precisar cómo fue este proceso: “los deportes modernos sólo pudieron aparecer como una consecuencia de la destrucción de una cultura anterior, en parte por imposición, en parte inconscientemente, dentro del proceso más extenso de adaptarse al trabajo industrial y a la vida urbana” (Hall, 2017, p. 72). Tomando como referencia estos aportes se puede pensar que el deporte moderno constituyó una categoría del vivir en una sociedad industrial porque se organizó en lugares delimitados, amplios y particulares al que la personas debían asistir y se comenzaron a celebrar los días que no se trabajaba. Todos estos desplazamientos dan la pauta de una transformación cultural donde se pone en diálogo el tiempo del trabajo, el del ocio y el del juego a través de sistemas internos de significación subjetivos.

Las disposiciones estructurales de la expansión del comercio y de las urbanidades durante las primeras décadas del siglo pasado permitieron la institucionalización del deporte profesional y de sus instituciones. Pero que esto sea posible no solamente se debió a un motivo sino a múltiples transformaciones sociales que daban testimonio de un nuevo sistema político en el mundo, como el nacimiento de una prensa gráfica especializada en las coberturas de las prácticas deportivas o la utilización de las nuevas tecnologías de la comunicación, como la masificación de los radios que habilitaron un nuevo contexto donde los deportes más convocantes se convirtieron en prácticas populares que estaban vinculadas a formas novedosas de habitar las ciudades a principios del siglo XX .

Una celebración del nuevo sistema político

Como ya ha quedado expuesto, los Juegos Olímpicos nacen en este contexto de modernidad donde Europa estaba confirmando su dominio sobre el resto del mundo a través de la “*comparación de las civilizaciones*” (Wallerstein, 2006, p. 32). Mejor dicho, la civilización europea no se impuso ante el resto de los pueblos por medio de las políticas y las propuestas de sus Estados soberanos, sino que lo hizo a través del uso de su superioridad militar y productiva con respecto al que poseían las otras sociedades. Como señala Enrique Dussel (1994), la modernidad surge cuando Europa tiene la capacidad de enfrentarse con el “Otro” y “controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un “ego” descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad” (p. 8). Una vez

que la fuerza se afligía, se establecían como deseables los valores y las ideas de su civilización y su cultura.

Esta civilización se sustentó en el progreso y el orden impulsado por el desarrollo científico de una ciencia que pasó a ser definida como “la búsqueda de leyes naturales que se mantenían en el tiempo y el espacio” (Wallerstein, 2006, p. 5). Aquello que, en la actualidad, denominamos como “los progresos científicos” son una empresa que nace en este mundo moderno en base a su intención de avanzar y conformar un conocimiento secular sistemático sobre el cual podía ser explicada la realidad a través de la validación empírica, apoyándose en un

modelo newtoniano en el cual hay una simetría entre el pasado y el futuro. Era una visión teológica, al igual que Dios, podemos alcanzar certezas, y, por lo tanto, no necesitamos distinguir entre el pasado y el futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno (Wallerstein, 2006, p. 4).

Tanto la ciencia como la técnica empezaron a estar al servicio de los Estados Nación, tanto para el surgimiento de nuevas categorías de análisis y como instrumento que debía brindar y poseer un conocimiento exacto sobre el cual el poder estatal base sus decisiones.

Se puede afirmar que este es un mundo donde la esfera terrestre es cada vez más finita ante un progreso nunca antes conocido, que no sabe de límites y que se alimenta de la idea de la infinidad del tiempo y el espacio. El sistema científico de finales de siglo XIX posee una epistemología que entiende que el progreso se encuentra detrás de los secretos más íntimos de la naturaleza y es por esto que es necesaria la utilización de todos los recursos naturales que son alcanzables. Esto se entiende de una mejor manera cuando se recuerda que las aspiraciones políticas de la cultura occidental de expandirse en busca de nuevos mercados requieren de la explotación de la naturaleza. Y necesitan que esas obtenciones estén al servicio del progreso, ocasionando que nuestra vivencia pasada y presente empiece a

parecerse cada vez menos el hogar y cada vez más a una plataforma de lanzamiento, el lugar desde el cual nosotros, como hombres (y también unas pocas mujeres) de

ciencias, podamos lanzarnos al espacio de dominio sobre una unidad cada vez más cósmica (Wallerstein, 2006, p. 7).

De este modo, tanto la ciencia como el progreso avanzan bajo el paraguas de un mito, el del nacimiento de la modernidad que lleva consigo una “violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de “en-cubrimiento” de lo no-europeo” (Dussel, 1994, p. 8).

Estas palabras nos permiten vislumbrar que en este momento histórico el hombre blanco, cis-heterosexual, burgués y occidental desarrolla una estructura de pensamiento filosófico que lo posiciona en el centro de la historia, ocupando el lugar que en el Edad Medía tenía el pensamiento teológico, porque ahora este “nuevo hombre” es lo único indubitable. “El hombre se consagra a la conquista de los entes. Los entes son las cosas (...) se consagra a través de la técnica al dominio de la naturaleza, a la explotación y destrucción de la Tierra” (Feinmann, 2018, p. 30). Este es un dominio que se da con esfuerzos que persiguen crear un conocimiento “objetivo” en base a descubrimientos empíricos que permitan entender la realidad, aprendiéndola, no intuyendo lo inventándola. Este proceso no llegó solamente a las ciencias duras, sino que contempló a las Ciencias Sociales. En ambos campos se instauraron categorías que buscaban comprender los fenómenos sociales que daban forma a la organización de la temporalidad y la estructura social y el ordenamiento del espacio público en los Estados Nación con el objetivo de regular los procesos políticos de transformación, mientras otorga legitimidad a ciertas prácticas y niega a otras.

En este contexto, el barón Pierre de Coubertin tuvo la idea de volver a organizar los Juegos Olímpicos. No es una casualidad que este proyecto haya surgido en uno de los principales países que impulsó la expansión de los intereses políticos y económicos de Europa. Pero ¿Qué tipo de expansionismo llevaron adelante estas naciones? Los imperios europeos colonizaron en “nombre de la religión, en nombre nada menos que de Dios” (Feinmann, 2018, p. 16). Este colonialismo encontró en la racionalidad el epicentro del motor de la historia. A partir de esto, todo territorio que era conquistado encontraba una justificación bajo el nombre y los argumentos de la racionalidad. Durante todo el siglo XIX, Europa convirtió a estos otros pueblos en colonias, o semi colonias, bajo el pretexto de las innovaciones tecnológicas y su civilización. Una vez que esto se consumó, los Estados Nación de la modernidad empezaron a

crear experiencias comunes en las fronteras de sus territorios. Es decir, instaurar expresiones únicas tras la unificación de experiencias históricas y culturales diversas, que no anulaban el conflicto político, sino que intentaban encausarlo. En el caso del deporte, se puede considerar que el resurgimiento de los Juegos representó un acto de legitimación material y simbólica de una determinada institucionalización de concebir y organizar al deporte basado en la competencia y la cronometración de los rendimientos corporales.

Mientras se consumó la confirmación del dominio de Europa sobre el resto del mundo, el estudio sobre la realidad social se fragmentó cada vez más en distintas disciplinas que estaban al servicio de la colonización. Las Ciencias Sociales pasaron a tener su atención en “el progreso y la política de la organización social” (Wallerstein, 2006, p. 29). dejando de lado el tratamiento del tiempo y el espacio. El nuevo énfasis estaba centrado en el conjunto de las estructuras poblacionales por medio de las cuales se organizaba la vida social en los territorios soberanos que daban forma al mapa político internacional. En este marco, se puede entender que las Ciencias Sociales nacieron como creaciones de los Estado Nación de la modernidad y que se dedicaron a investigar lo que ocurre en la vida social hacia dentro de sus fronteras, teniendo cada una de ellas un proceso de institucionalización que la distinguía de las demás y que ponía en el acento en llegar a “leyes generales” que supuestamente gobernaban los comportamientos de las personas.

A la par de la consolidación de las instituciones académicas, que aportaban sus saberes a la justificación de la expansión imperialista, surgieron las organizaciones europeas encargadas de legislar el deporte. Desde un principio, estas también reprodujeron una lógica colonialista intentando posicionarse como las encargadas de controlar y reglamentar la forma en que se entendía y practicaban los deportes en todo el mundo. Es decir, para ser parte de un Juego Olímpico los países y las naciones debían aceptar la creación de sus propios comités olímpicos y sus correspondientes estatutos. De este modo, se podría entender que, a su objetivo como una forma de colonización institucional, no militar, intentando imponer y establecer una cierta perspectiva de entender a las prácticas deportivas. Bajo estos parámetros, se inició el dominio de una idea sobre lo que eran los deportes que estaba ligada a la sociedad burguesa europea del siglo XIX. Los Juegos Olímpicos nacieron bajo el proyecto de congregar a todos los países y naciones del mundo bajo lineamientos redactados al calor de la

expansión colonial. El hecho de asistir a una cita olímpica empezó a significar un acto que habilitaba a ser considerado un integrante del mundo. Pero el participar y encontrarse allí implicaba aceptar los lineamientos y las reglas ideadas por la cultura europea. En este punto es que se produce una arista que al menos merece preguntarse ¿Existe la posibilidad de entender y organizar de una sola manera el evento más importante del deporte mundial? Justamente, los Juegos Olímpicos de la modernidad ofrecen una respuesta a esta interrogante que implica el llevar adelante la operación de un borramiento de la alteridad, de las otras formas de imaginar y pensar definiciones y las formas de practicarlo. Más allá de que con el correr del tiempo el olimpismo se consolidó como la cita máxima del deporte y terminó imponiendo su forma de concebir lo que es deporte, es necesario remarcar que no hay un solo saber o definición con respecto a cómo vivir y realizar esta práctica cultural.

Si las Ciencias Sociales se encargaron de investigar los fenómenos sociales hacia dentro de las fronteras de los nuevos Estado Nación, los Juegos Olímpicos nacieron como una celebración de estos y del nuevo mapa internacional marcado por el dominio político y económico de Europa. Las citas olímpicas pasaron a ser el escenario predilecto en el plano deportivo, desde donde construir una narrativa sobre la capacidad estatal de conocer y legislar la realidad social a una escala global. Esta visión era abonada por la ausencia de límites que prometían los progresos de la civilización, la ciencia y la técnica. Y, que, al mismo tiempo, también se hacían presente en el deporte olímpico a través de la realización y organización de un evento que comienza a establecer competencias deportivas de una magnitud y una convocatoria sin precedentes hasta aquel momento. Los Juegos Olímpicos son una extensión de la narración del nuevo sistema mundo, y por esto recrean una celebración que pueda reunir a atletas y delegaciones la mayor cantidad de países y naciones de todos los continentes, aunque se puede hacer una lectura de en una “celebración” que en realidad nos da cuenta de un orden político y económico determinado sustentando en el dominio y la expansión de la cultura civilizatoria europea sobre todos los otros pueblos del mundo.

Así, el deporte olímpico se posicionó como un espacio de celebración, pero también de disputa que excedía las cuestiones estrictamente disciplinarias para los países y las naciones participantes puesto que al tener un lugar de reconocimiento comenzaron a expresar allí sus problemáticas e intereses políticos. Con el comienzo del siglo XX, las citas olímpicas fueron

cobrando un mayor protagonismo en las tramas de relaciones geopolíticas que cada vez se fueron complejizando aún más. Sin embargo, algo que siempre fue inamovible es el posicionamiento ideológico y político de la institución encargada de legislar el olimpismo, el COI (Comité Olímpico Internacional), que a lo largo de la historia moderna han reproducido los intereses y las ideas sobre el orden social impuesto por la burguesía europea a través de la colonización militar, económica y cultural.

Los herederos de Grecia

En 1885, el ingeniero mecánico francés Émile Levassor ganó lo que fue la primera carrera automovilística documentada en la historia: París - Burdeos - París. El tiempo final de su trayecto fue 48 horas y 48 minutos para realizar 1.178 kilómetros. Un registro llamativo para la época por las características de los autos que competían. Dos años antes de esta epopeya, el Barón de Coubertin había señalado la importancia del deporte como un medio que posibilita la relación y el buen diálogo entre los Estado Nación. Cuando Coubertin hizo esta mención en un discurso en la Universidad de la Sorbona, se estaban por cumplir 1500 años desde que Teodosio I, El Grande, había finalizado las olimpiadas de la Antigüedad. El logro de Levassor y las palabras de Coubertin fueron dos acontecimientos que vaticinaron un nuevo escenario para el deporte. Pero, a diferencia de los tiempos antiguos, las nacientes tecnologías cumplirían un rol fundamental. Sobre todo, para la medición del tiempo y el desempeño de las y los atletas.

La decisión de Coubertin de revivir los Juegos Olímpicos debe ser leída dentro de un entramado social más amplio donde los hombres de la modernidad se proyectaron como los herederos de las ideologías y los valores de civilización de Grecia en la Antigüedad. Justamente, no fue una casualidad que la primera edición de los Juegos Olímpicos de la Modernidad se desarrollara en Atenas en 1896, en homenaje a la cuna del olimpismo. A pesar de que estos juegos se disputaron en un mundo donde todavía no había aviones, auspiciantes, publicidad, televisión o radio, llegaron a presentarse 176 atletas de doce naciones que se desempeñaron en nueve deportes y 43 disciplinas.

Es necesario remarcar que el proyecto político de Coubertin representaba la cosmovisión de los hombres blancos cis-heterosexuales, europeos, de la racionalidad moderna capitalista que se sustentó en una decisión, la instalación de un sistema-mundo en tanto

sistema de circulación de mercancías y materias primas para fabricar esas manufacturas que conlleva una nueva división político-económica desigual entre los Estados Nación (Feinmann, 2018). Por un lado, los países y naciones que exportan las materias primas a un bajo costo y, por otro, quienes la utilizan para producir manufacturas con un valor agregado elevado. De esta manera, se creó una relación de dominación a través de mecanismos económicos, que se sumó a las relaciones de dependencia política existentes previamente. Pero no se agotaba allí, porque a esto se le debe sumar la difusión de prácticas culturales que representaban el proyecto de la modernidad.

Retomar lo que se indica desde la historiografía británica del deporte (Appadurai, 2001; Carrington, 2010) respecto al vínculo de la modernidad y las prácticas deportivas nos otorga una dimensión de la implicancia del deporte para el modelo de desarrollo capitalista. En estos estudios, se indica que el crecimiento de los *sports* se encauza dentro del surgimiento de la sociedad "burguesa", siendo estos una manifestación de las transformaciones de la época ya que su realización y su despliegue a escala global no pueden ser concebidos sin este escenario social (Frydenberg y Sazbón, 2018). Como venimos mencionando, deben pensarse dentro del surgimiento de la sociedad burguesa y la profundización de las desigualdades entre las naciones. De este modo, los cambios en las formas de vida de las personas se produjeron como consecuencia de la imposición del sistema social capitalista que profundizaba su carácter transnacional, al igual que el deporte. En este contexto, se produjeron dos procesos que, juntos, moldearon el futuro de las prácticas deportivas a una escala global.

Por un lado, la palabra "*sport*" comenzó a ser asociada a la actividad deportiva que se regía por reglas, apareciendo por primera vez en 1863 ya que antes su uso se encontraba asociado al entretenimiento y la dispersión, pero el avance de los deportes organizados durante el siglo XIX "*reforzó la idea de sport como competencia física*" (Mandell, 1976 citado en Frydenberg y Sazbón, 2018, p.6). Por otro lado, pero en estrecha relación con el punto anterior, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se fundó una serie de organizaciones e instituciones que regularon los *sports*. En primer lugar, en 1886, se creó el ente encargado de establecer las reglas del fútbol a nivel mundial, la *International Football Association Board* (IFAB). Posteriormente, en 1894, surgió el COI, con el objetivo de volver a organizar los Juegos Olímpicos de la Antigüedad y, en 1904, apareció la Federación Internacional de Fútbol

Asociación (FIFA), que cumple funciones gubernamentales sobre el resto de las federaciones de fútbol del planeta.

Estas instituciones son las encargadas de organizar los dos grandes megaeventos del deporte del mundo moderno: los Juegos Olímpicos y la Copa Mundial de la FIFA. Ambos eventos son los espacios donde se conjugan todos los elementos que definen cómo se entienden las prácticas deportivas en las organizaciones que regulan el deporte. Tanto los Juegos Olímpicos como la Copa Mundial son competencias en las que las instituciones del deporte como los Estados Nación, corporaciones transnacionales, deportistas y espectadores disputan intereses políticos y económicos, sentidos sociales, imaginarios sobre trayectorias deportivas, emociones e ideologías. Estos hechos pueden ser pensados como la institucionalización de un campo y la fundación de una determinada perspectiva para entender el deporte moderno. De esta manera, se posicionan como hitos que habilitan a pensar la creación de instituciones que van a regular el deporte, y establecer normas y criterios sobre él.

A su vez, durante estos años, el interés por reconocer determinadas prácticas como deportes fue una realidad que se materializó en las grillas de los Juegos Olímpicos. En la edición de 1896, las competencias se desarrollaron en 9 deportes y 43 disciplinas con la presencia de 176 atletas, pero el número se incrementó drásticamente en la celebración de 1912, en Estocolmo, los últimos juegos previos a la Primera Guerra Mundial. En esta ocasión, se disputaron 17 deportes en más de 100 disciplinas con la presencia de 2359 atletas masculinos y 48 atletas femeninas provenientes de 14 países. El repaso por estos números no pretende agotarse solamente en la construcción de una estadística, sino que posibilita una reflexión que posibilite una respuesta a la interrogante planteada al principio de este capítulo, relacionada a los paradigmas sobre los cuales se sentaron las bases de los Juegos Olímpicos Modernos durante estos primeros años del siglo XX.

Premisas sobre las que se fundaron los Juegos Olímpicos

Los investigadores Julio Frydenberg y Daniel Sazbón (2018) se han preguntado cuáles son los elementos novedosos de los deportes modernos. Para responder este interrogante han retomado el trabajo de conceptualización de las prácticas deportivas “modernas” desarrollado

por el historiador norteamericano Allen Guttmann (1978). Para este, los deportes modernos se sostienen sobre seis ejes, que también pueden pensarse como otros atributos de la Modernidad: secularismo en la competencia, igualdad de los competidores, especialización de los deportistas, racionalización del sistema de reglas que rige la actividad, burocratización de las instituciones y organismos donde se los practica y, sobre todo, cuantificación de los resultados (Guttmann, 1978).

Esta enumeración de aristas sobre las características de las prácticas deportivas modernas nos ayuda a pensar dos dimensiones. En primer lugar, señalar que más allá que existe una asociación entre deporte y modernidad, tal como hemos expuesto hasta aquí, no se debe pasar por alto que los deportes tienen una determinada especificidad y relativa autonomía en relación con el entramado del que forman parte (Archetti, 2003). Y, por otro lado, hay que señalar que cuando se le otorga el estatus de deporte a una práctica se implementa una identificación que no es más que una decisión política y cultural (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Por ende, no hay prácticas físicas que sean en su propia esencia deportes, sino que obtienen esta categoría por la voluntad política de personas o instituciones que desearon que se las califique como deportivas a través de la creación de una reglamentación.

A partir de estas dos dimensiones se expondrá una serie de reflexiones que nos permitirá visibilizar de qué maneras fueron concebidas las prácticas deportivas por las instituciones que se han encargado de su legislación desde finales del siglo XIX. Dar cuenta de estas aristas tiene como objetivo servir como aporte a la búsqueda de respuestas de las problemáticas contemporáneas del deporte y, por ende, de la sociedad.

La primera cuestión a señalar es que el nacimiento de los Juegos Olímpicos se produjo en un momento histórico en el que la cultura de la Modernidad se constituyó sobre una estrategia consciente de exclusión (Huysse, 2006). Es decir, las prácticas deportivas del modernismo sufrieron la “angustia” de ser transformadas por la creciente cultura de masas en las sociedades occidentales, al igual que otras expresiones artísticas. En este momento, tanto el deporte como el arte ocuparon un rol central en el proyecto civilizatorio de las sociedades burguesas a finales del siglo XIX. Una muestra de esto era el vínculo entre los acontecimientos que reunían a las muestras artísticas y a los eventos deportivos. En las primeras ediciones de

los Juegos Olímpicos se realizaban mientras se llevaban adelante las Exposiciones Universales, como ocurrió en las citas olímpicas de París 1900 y San Luis 1904.

Esta “angustia”, en palabras del filólogo Andreas Huyssen, es una conjetura que nos posibilita analizar cómo fue el período de la institucionalización del deporte moderno. El proceso de reglamentación de distintas prácticas corporales puede ser pensado como una forma de “resguardar” los sentidos y los valores en torno a determinados deportes que eran practicados por la burguesía. O sea, reproducir los valores, los intereses y las perspectivas de esta clase social. Hacia finales del siglo XIX, muchas disciplinas actuaban como un espacio donde las elites, especialmente los “*gentlemen*”, fortalecían sus vínculos sociales y construían perspectivas de entender la realidad.

En relación a esto, los aportes del sociólogo francés Pierre Bourdieu resultan adecuados para pensar la construcción del deporte moderno. En primer lugar, desde su conceptualización sobre los *campos*, los deportes pueden ser pensados como: “*espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias*” (Bourdieu, 1988, p 108). En segundo lugar, es oportuno retomar la idea de *ilusio* como “el hecho de estar llevado a invertir, tomando un juego y por el juego; estar interesado es acordar un juego social determinado que lo que allí ocurre tiene un sentido, que sus apuestas son importantes y dignas de ser perseguidas” (Bourdieu, Wacquant, 1995, p. 92). Estas categorías aportan a reflexionar sobre el modo en que la burguesía europea de fines del siglo XIX fundó una serie de instituciones con el objetivo de legislar el deporte en base a una perspectiva estrictamente relacionada a su manera de entender la realidad. De esta manera, se crea un determinado marco de posibilidades en el ámbito de los deportes, que traza lo que se considera como legítimo y deseable y lo que no, siendo el establecimiento de normas/reglas las que materializan la proyección acerca de cuál era el deporte deseable y el que se debía practicar y cuáles eran las facultades de un campo social que buscaba resguardar su capital simbólico (Bourdieu, 2018).

En segundo lugar, el sistema y los deportes olímpicos se han cimentado desde una mirada patriarcal, binaria y heteronormativa (Ibarra, 2020). Su forma de entender el deporte, como una práctica circunscrita al hombre blanco cis-heterosexual perteneciente a la burguesía,

influyó en todo aquello que tuviera que ver con la participación de las mujeres en las disciplinas olímpicas. Su pensamiento contaba con aceptación pública en una sociedad marcada por el conservadurismo propio de la época victoriana. En una oportunidad, Coubertin llegó a declarar: “en cuanto a la participación femenina en los Juegos, soy contrario a ella. En contra de mi voluntad, han sido admitidas en un número de pruebas cada día mayor” (cit. en Tenca, 2016, p. 27). Es decir, el sistema olímpico se construyó partiendo de una perspectiva misógina. Esto quedó demostrado en la edición de los Juegos Olímpicos de París 1900, donde participaron por primera vez 22 atletas femeninas, un número muy lejano a los 975 varones. Esta desigualdad en la paridad de género olímpica fue una realidad que hasta el día de la fecha es un tema a abordar y solucionar para el COI.

En los Juegos Olímpicos de Londres 2012, participaron 5.892 hombres y 4.676 mujeres. Estos números representaron un avance importante en materia de igualdad, sin embargo, es importante destacar que recientemente el COI anunció que Tokio 2020 será el primer Juego Olímpico con paridad de género ya que casi el 49% de las plazas serán asignadas a mujeres. En este marco inaugural de paridad deportiva, los 206 Comités Olímpicos que participen tendrán en sus delegaciones al menos una atleta mujer y un atleta hombre. En esta línea, se invitó a que todos los equipos olímpicos cuenten con dos abanderados en la ceremonia de inauguración, una mujer y un hombre. Más allá de esto, no se puede dejar de señalar que la óptica masculina sigue estando presente en las instituciones que legislan el deporte profesional. La exclusión de ciertas mujeres y otras identidades del ejercicio de los deportes profesionales es consecuencia de las medidas persecutorias sobre determinados cuerpos que ponen en tensión el paradigma binario que estructura al deporte y se encuentra basado en un discurso biomédico (Ibarra, 2020).

En tercera instancia, los acontecimientos deportivos surgieron como un nuevo canal para el ejercicio de una diplomacia que requería de grandes desafíos políticos frente al avance del capitalismo, la expansión imperialista, el robustecimiento de los movimientos obreros y la emersión de una derecha radical antiliberal y nacionalista (Béjar, 2011). En este sentido, se puede afirmar que los megaeventos deportivos posibilitaron que los Estados Nación descubrieran un espacio de encuentro durante los últimos años de un siglo caracterizado por los conflictos bélicos, étnicos y raciales, originados en las políticas expansionistas de las

potencias europeas. Sin embargo, las competencias deportivas de los Juegos no estuvieron exentas del conflicto y pasaron a ser espacios de escenificación de conflictos étnicos, religiosos y militares entre distintas naciones y países. El ganar o perder ante a cierto competidor o competidora pasó a ser asociado a un triunfo en el plano de una narrativa bélica. En cierto modo, los Juegos Olímpicos se transformaron en “nuevos” frentes de combates en el plano material y simbólico del tablero geopolítico internacional moderno.

Tampoco los megaeventos deportivos de la modernidad estuvieron exentos de la manifestación de conflictos previamente existentes de las naciones participantes. En Londres 1908, fueron presenciados varios acontecimientos extradeportivos asociados a la situación que relacionaba a las potencias económicas y militares (Tenca, 2016). Un caso de esto sucedió con las delegaciones de Irlanda y Finlandia que se negaron a desfilar con la bandera de Rusia y de Gran Bretaña respectivamente a modo de protesta debido a los protectorados que ambas naciones atravesaban.

En cuarta instancia, en los Juegos Olímpicos se suscitaron acontecimientos que representaban los valores y las perspectivas políticas del proyecto modernizador de la sociedad burguesa. Este fue el caso de los Juegos Olímpicos de San Luis 1904, cuando se incluyeron dentro de la grilla olímpica los “Días Antropológicos” que consistieron en actividades extradeportivas donde se exhibieron ante el público personas de distintas etnias y razas en lo que las autoridades habían denominado como un “zoológico de personas” (Wernicke, 2016). Si bien este suceso debe ser pensado como un acto de la histórica tradición esclavista sureña de Estados Unidos (que encontró lugar en la celebración de la Exposición Universal, llevada adelante en el centenario de la cesión del territorio de Luisiana que estaba bajo el dominio de Francia, no puede escindirse de las implicancias del proyecto modernizador de las burguesías de los países imperialistas. El control político y económico que llevaron adelante en distintas regiones del mundo hizo que todas aquellas personas que no representaran los valores y las costumbres de la “civilización” blanca, varonil y burguesa de Europa sean sometidas e inferiorizadas.

En quinto lugar, el amateurismo jugó un papel primordial en los inicios del deporte olímpico y posteriormente configuraría la historia del deporte durante el siglo XX. Para

participar de los Juegos Olímpicos se debía ser amateur debido a la perspectiva del COI de entender al deporte. En 1954, su presidente, Avery Brundage, declaró:

Los Juegos Olímpicos son consagrados al deporte y no a los negocios o al trabajo. Sólo tienen razón de ser al servicio del amateurismo, y si esto dejara de ocurrir (¡Dios quiera que no!) entonces el olimpismo perdería su razón de ser (Fernández Moores, 2019, p. 289).

La condición de que los deportistas tenían que ser amateurs puede interpretarse de dos maneras. En primer lugar, en los Juegos Olímpicos de la Antigüedad, las y los atletas eran amateurs, no existía el profesionalismo deportivo por lo que Pierre de Coubertin continuó con esta tradición en los Juegos de la modernidad. Sin embargo, esto no puede ser pensado solamente como la continuidad de un antecedente ni por fuera de las condiciones sociales en que renacieron los Juegos de la Modernidad. En la sociedad burguesa, quienes podían practicar deportes eran los *gentlemen*, los hombres blancos, cis-heterosexuales con una posición socioeconómica acomodada, que en su tiempo libre desarrollaban algún tipo de práctica recreativa. Esta es la primera lectura: los grandes deportivos de la modernidad fueron un acontecimiento específicamente destinado a ser transitado únicamente por hombres ya que eran los únicos con posibilidad de ejercer la recreación en el espacio público. En segunda instancia, esta condición actuó como un mecanismo de exclusión hacia las personas que no pertenecían a la burguesía y no podían destinar tiempo a desarrollar un deporte de forma amateur. De alguna forma debían tener un ingreso para mantenerse y hacer lo mismo con su familia en la cotidianidad. Por lo tanto, para llegar a participar de los megaeventos deportivos de la modernidad, se debía contar con un capital económico que habilitase la posibilidad de desarrollar una práctica recreativa por fuera del tiempo del trabajo. En síntesis, una serie de condiciones de privilegio social que era casi exclusiva de los hombres.

Las premisas enumeradas anteriormente, nos permiten pensar que las prácticas deportivas fueron edificadas bajo dos dimensiones. Por un lado, los deportes modernos fueron concebidos como una práctica doblemente excluyente (Teijeiro, Patiño y Padorno, 2005). Por un lado, relegó a quienes no eran parte de la elite social y, por otro lado, fue pensado como un espacio exclusivamente varonil. A partir de este doble mecanismo de exclusión, se puede

afirmar que las prácticas deportivas han puesto en evidencia el funcionamiento de las jerarquías sociales y las sexo genéricas. En consecuencia, desde su fundación el COI construyó una propuesta deportiva que ha excluido a todos aquellos cuerpos y personas que no se asemejan a los estereotipos proyectados por el proyecto civilizatorio occidental, aquellos cuerpos que el intelectual Preciado (2011) denominó como “impropios”.

Mientras tanto, las instituciones deportivas de la modernidad han configurado sus reglamentos, códigos y documentos que hacen a la organización del deporte desde una perspectiva filosófica y política específica: el igualitarismo meritocrático universalista (Frydenberg y Sazbón, 2018). Si bien los deportes modernos pueden entenderse como un “ritual del récord” (Guttmann, 2000), es esencial mencionar lo que el discurso de la meritocracia oculta: no todas las personas parten de las mismas condiciones materiales y simbólicas para realizar un deporte y, mucho menos, para poder establecer un récord. Esto se puede hacer extensivo para cualquier actividad que conlleve hacer uso del espacio público en una sociedad caracterizada por la desigualdad social. La perspectiva meritocrática no solamente se agotó en los estatutos y las reglamentaciones de las prácticas deportivas, sino que encontró espacio en los estudios sociales del deporte. Así, para explicar los deportes, surgieron las teorías meritocráticas que partieron del mito igualitarista, relacionado al imaginario de las sociedades democráticas (Ehrenberg, 1991; Bromberger, 1995). Estas postulaban que todas las personas partían de las mismas condiciones de igualdad, otorgadas por los códigos normativos que eran garantes de dicha equidad y que funcionaban como reconocedores de jerarquías y ascensos sociales (y deportivos) únicamente como consecuencia del mérito de los participantes (Garriga Zucal, Hang, Iuliano, 2018). Las producciones de conocimiento que se inscriben en esta perspectiva construyen un marco conceptual que deja por fuera las complejidades sociales, históricas y culturales que configuran al deporte. En este contexto de profesionalización y reglamentación de las prácticas, una de las dimensiones que se volvió protagonista fue la cuantificación de los resultados y la medición del tiempo del desempeño de las y los atletas, a través de la figura del “*récord*”.

El récord: el tiempo como estructurador del deporte moderno

En el año 776 antes de Cristo, un hombre llamado Coreobo (Koroibos o Choroebus, dependiendo la traducción) fue el primer medallista olímpico de la humanidad luego de ganar una carrera de 192,28 metros. Según los registros, esta fue la primera prueba de las competencias de los Juegos Olímpicos en la Antigüedad. Veinticinco siglos después, en 1896, el griego Charislaos Vasilakos corrió 3 horas y 18 minutos para ganar la primera maratón de los Juegos de la Modernidad. Pero esto duraría mucho ya que, a la semana, Ioannis Laventis bajó el “récord mundial” a un tiempo de 3 horas, 11 minutos y 27 segundos. Tanto Vasilakos como Laventis fueron deportistas especializados en atletismo, a diferencia de Coreobo que luego de la competencia volvió a su aldea, donde tenía como profesión ser cocinero.

El ejemplo comparativo entre Coreobo, Vasilakos y Laventis nos permite observar que el récord deportivo no es una práctica exclusivamente moderna (Behringer, 2009). Sin embargo, la celebración de los récords del deporte en la Modernidad tiene una centralidad que excede a lo disciplinario: las tecnologías de medición y registro (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Mientras que los registros de distancias y tiempos eran algo impensado para las olimpiadas de la Antigüedad en Grecia, para Coubertin fue un factor central desde el cual construir los Juegos Olímpicos de la Modernidad.

Así, el concepto moderno de “deporte” se construyó de manera entrelazada con la noción de “tiempo” hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, específicamente con la posibilidad de registrarlo y analizarlo con la mayor precisión posible (Besnier, Brownell y Carter, 2018). Dentro del campo deportivo, en particular en los Juegos Olímpicos de la Modernidad, tomó preponderancia el “récord”, es decir, la construcción de medidas estandarizadas para registrar los desempeños de las y los deportistas en las distintas disciplinas. En la Antigüedad, en cambio, las Olimpiadas eran un símbolo que estaba emparentado con un ideal de creación y goce para el pueblo de Grecia (Villalba i Varneda, 1994). Sobre todo, este acontecimiento tuvo un origen religioso arraigado en los cultos mediterráneos de la fertilidad: los Juegos Olímpicos eran un regalo de los dioses a esta humanidad (Sesé Alegre, 2008). Para los antiguos griegos, las prácticas deportivas no estaban vinculadas de una forma importante a la medición, más allá de la experiencia de Coreobo, por lo que no era una preocupación establecer un registro de las capacidades atléticas, sino que el fin era el encuentro gozoso que posibilitara la creatividad de esta sociedad.

Según la investigadora social Sanz Garrido (2020), “el éxito deportivo influye positivamente en el ánimo colectivo de un país y en el reforzamiento de una identidad nacional” (p. 131). El retomar esta afirmación permite vislumbrar algunas consideraciones a tener en cuenta sobre la búsqueda de los récords y las marcas deportivas y su relación con los Estados Nación. En primer lugar, la celebración y el establecimiento de un nuevo tiempo no es motivo de festejo solamente para las y los deportistas, sino que también lo es para los gobiernos. A través de la búsqueda y la conquista de “nuevos tiempos”, se incrementa el número de las delegaciones olímpicas y, de esta manera, se pueden exponer los éxitos de los programas y las políticas destinadas al deporte profesional. Por otro lado, las posibilidades de alcanzar estas marcas para las y los atletas determinarán el presupuesto y los recursos que se destinarán al deporte en las agendas gubernamentales. Por ende, el “récord deportivo” es un objetivo en la agenda de todas las personas que integran el sistema deportivo y también de los Estados Nación para alcanzar el “éxito” y crear un marco de celebración en la sociedad.

Con el resurgimiento de los Juegos Olímpicos en la modernidad, la medición del tiempo pasó a ocupar un lugar central. Desde la edición de Los Ángeles 1932, la encargada de medir los tiempos de las disciplinas deportivas fue la marca de relojes suiza Omega. En aquella oportunidad, la empresa envió 30 cronómetros que eran utilizados por personas que paraban el tiempo de las y los atletas usando sus ojos en las competencias de atletismo. Pero con el paso de los años, y el avance de la tecnología, se eliminó la reacción humana con el objetivo de buscar la mayor precisión en los registros (Lichinizer, 2018). El rol que tuvo y tiene esta empresa en los Juegos nos permite visibilizar cómo el tiempo se ha transformado en la piedra fundamental de la arquitectura de los acontecimientos deportivos de escala global en la contemporaneidad. Los tiempos son los que estructuran la planificación de los entrenamientos de las y los atletas que buscan clasificar a una cita olímpica ya que lo que les permite participar en estos eventos es alcanzar y/o superar ciertas marcas. Por lo tanto, los entrenamientos, las competencias previas y todo lo que está relacionado a la construcción de las trayectorias deportivas se encuentra íntimamente ligado a la cronometrización de la disciplina. De este modo, en múltiples instancias la victoria en el deporte se encuentra en alcanzar un determinado tiempo, superando los registros del pasado y, de esta manera, establecer nuevas marcas que serán las metas a ser alcanzadas en el futuro.

El repaso por las características de los Juegos Olímpicos de la modernidad y su relación con la noción del tiempo se transforma en un ejercicio obligatorio para reflexionar sobre el deporte moderno. En la actualidad, los esfuerzos por obtener una mayor precisión en el registro de los tiempos se han transformado en una búsqueda que incorpora nuevos episodios de forma continua. Por caso, se ha llegado a instalar sensores en las y los atletas para medir su desempeño desde los Juegos de invierno realizados en Pyeongchang en 2018. También, se colocaron cámaras con el propósito de seguir los movimientos biomecánicos y entender los desempeños en comparación con el resto de las y los competidores y, de esta manera, identificar dónde se ganó y se perdió tiempo. En los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, la empresa Omega avanzó de una manera más extendida con la cronometrización de las disciplinas a través de los sensores.

En 2028, cuando los Juegos Olímpicos vuelvan a celebrarse en la ciudad de Los Ángeles, a casi cien años de la primera vez que allí se realizaron, se llegará al primer siglo desde que se dio inicio de la utilización de las tecnologías para la medición de los tiempos en el deporte. Al igual que quedó demostrado en las últimas ediciones de las citas olímpicas, las transformaciones tecnológicas volverán a ser protagonistas ofreciendo nuevas posibilidades en la forma de medir el tiempo y ofreciendo nuevas posibilidades en la forma en que se leerán estos datos posteriormente. Si bien en cómo se cuantifica el tiempo no se modificará, los nuevos “récores” continuarán dando testimonio de los momentos históricos en los que se realizan y de las formas en que se entiende y practica el deporte profesional.

Reflexiones finales

Los deportes modernos se institucionalizaron en un contexto caracterizado por el surgimiento de la sociedad burguesa en un mundo donde las potencias europeas se apoderaban de nuevos mercados y territorios a través de su poderío bélico. En este marco, los Juegos Olímpicos resurgieron para recrear en el ámbito deportivo este nuevo sistema político del tablero global moderno que se constituyó tras en el encuentro de Europa con los pueblos del resto del mundo, que en su mayoría fueron conquistados en nombre de los valores de la civilización. El proyecto civilizatorio de estas naciones no se basó solamente en una opresión militar y una dependencia en términos políticos económicos, sino que implicó la inserción de

determinadas prácticas culturales que representaban la incorporación social a este nuevo momento histórico, como fue el caso de ciertos deportes.

Desde finales del siglo XIX, los Juegos Olímpicos y las Ferias Mundiales tuvieron un papel protagónico durante los primeros años de globalización. Estos no eran eventos solamente destinados a los deportes y las artes respectivamente, sino que eran espacios donde circulaban personas, ideas y capitales materiales y simbólicos. Estas propuestas actuaron como difusoras de las nuevas estéticas modernas sobre las cuestiones que tenían que ver con temas como la política y la economía, la salud, los cuerpos y la urbanidad. A su vez, ayudaron a las nacientes corporaciones multinacionales a encontrar expandirse y encontrar nuevos mercados, al mismo tiempo que eran acontecimientos donde se justificaba y elogió el colonialismo y el imperialismo de las potencias occidentales (Rennie Short, 2012).

Teniendo en cuenta las premisas enumeradas previamente, se puede responder en las siguientes características a la pregunta sobre cuáles fueron los pilares que dieron forma al deporte moderno. En primer lugar, la idea predominante de un deporte “para pocos”, para aquellos hombres que representarán los valores de los gentlemen. En segunda instancia, se lo pensó como una práctica que solamente podía ser habitada por el hombre blanco cis-heterosexual perteneciente a la burguesía, excluyendo a las mujeres y al resto de las personas de acceder y habitar esta práctica cultural. A la vez, que fue utilizado como un nuevo canal de diplomacia entre los distintos países y naciones en un escenario caracterizado por el conflicto bélico que implicaba el avance imperialista. Más allá de funcionar como un canal de diálogo y encuentro para las autoridades gubernamentales, no estuvo exento de que los valores y la ideología que conllevaba el proyecto modernizador de la civilización europea se hicieran presentes en sus reglamentaciones. Y, por último, el carácter amateur bajo el que nació el deporte moderno era un rasgo más de un posicionamiento que deseaba y entendía que a esta práctica solamente podían acceder quienes tuvieran las condiciones de posibilidad de acceder al ocio y la recreación por fuera del tiempo del trabajo. En tiempos de Revolución Industrial y jornadas sin ningún tipo de derecho laboral, estos destinatarios eran los hombres que eran parte de la burguesía.

En 1914, el asesinato del archiduque Franz Ferdinand en la ciudad de Sarajevo y el siguiente comienzo de la Primera Guerra Mundial significó un antes y un después en la historia de las sociedades burguesas occidentales ya que fue el fin de un período de paz y el inicio de un mundo que se acostumbró a las matanzas y el destierro obligatorio a escalas incalculables (Hobsbawm, 1994). Con respecto al deporte, tras este conflicto bélico (que se suponía que sería la guerra “que terminaría con todas las guerras”) los Estados Nación decidieron desarrollar políticas asociadas a la actividad física en sociedades donde la participación política de las mayorías en los asuntos públicos era cada vez más notoria. La importancia de la formación corporal de la población era una exigencia para un mundo donde se crearon nuevas categorías que permitieran narrar el horror de la Primera Guerra Mundial, como el caso de las palabras “apátrida” o “genocidio”.

Un claro ejemplo de esto se puede apreciar en el documental *Ellos no envejecerán* (2018), del cineasta Peter Jackson. Aquí se narra de una forma detallada cómo surge la necesidad de la formación corporal durante la Primera Guerra Mundial ya que uno de los principales problemas que afrontó Gran Bretaña tras el inicio del conflicto bélico fue la falta de preparación física de miles de jóvenes que se alistaron sin previa formación castrense. Para modificar esto, se los sometía a largas caminatas diarias y a horas de actividad física con el fin de que sus cuerpos pudieran soportar las exigencias que requerían estar en el frente de batalla. La ausencia de educación corporal sería una arista de la cual los Estados Nación tomarían nota para que no vuelva a ocurrir en un futuro. Sobre todo, teniendo en cuenta que este es un momento histórico donde se produjo la mayor conflagración bélica conocida hasta entonces (Béjar, 2011). En las siguientes décadas la preparación física de las juventudes pasaría a ser una política de Estado que cada vez iría tomando mayor importancia a medida que avanzó el siglo XX.

Sin embargo, lo que aquí interesa remarcar es como el comienzo de la Primera Guerra Mundial representó el fin de un período histórico donde la sociedad burguesa edificó las legislaciones y los reglamentos de las competencias de los deportes profesionales modernos, inclusive los olímpicos, sustentándose en una implementación de sus valores y perspectivas sobre la realidad social. Aquellas prácticas deportivas que son regidas por normas son una manifestación primordial del hombre burgués, racional, blanco y cis-heterosexual de la

modernidad, que encontró en los tiempos por fuera del trabajo nuevas formas de habitar el espacio público a través de establecer competencias, cronometrando los tiempos de los esfuerzos físicos, midiéndose corporalmente y manejando distintos tipos de máquinas que le permitieran demostrar y celebrar los nuevos alcances del proyecto civilizatorio.

Las características que dieron forma a cada una de las premisas que fueron expuestas previamente no son una cuestión de finales de siglo XIX y principios del XX, sino que son problemáticas que actualmente se siguen reproduciendo y se expresan en los escenarios del deporte profesional contemporáneo. El ejercicio de hacer una revisión de cada una de ellas es un esfuerzo que pretende buscar preguntas a las problemáticas sociales que se manifiestan en las prácticas deportivas del presente. Los casos de racismo, las violencias de género y otras formas de discriminación y segregación son una constante que se siguen reproduciendo en los grandes eventos del deporte moderno, tal como quedó expuesto en los Juegos Olímpicos de Tokio 2020+1.

Bibliografía

Appadurai, A. (2001). *Modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Montevideo: Trilce [1996].

Archetti, E. (2003). *Masculinidades: fútbol, tango y polo en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia [1999].

Béjar, M. D. (2011). *Historia del siglo XX*. -1ª ed. – Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Behringer, W. (2009). “Arena and Pall Mall: Sport in the Early Modern Period”, *German History*.vol. 27, n°3.

Besnier, N., Brownwll, S. y Carter, T. F. (2018). *Antropología del deporte. Emociones, poder y negocios en el mundo contemporáneo*. 1ª ed. – Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, P. (1988). “El interés del sociólogo”, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa.

Bourdieu, P. (2018). *El sentido social del gusto: Elementos para una sociología de la cultura*. -1° ed. - 5° reimpr. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, P. y Wacquant L. (1995). *Respuestas. Para una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.

Bromberger, Ch. y Hayot, A. (1995). *Le match de football. Ethnologied' une passion partisane á Marseilles, Naples et Turin*. Paris: Éditions de la MSH.

Carrington, B. (2010). *Race, sport and politics: the sporting black diaspora*. Londres: SAGE.

Dyreson, M. (1997). *Making the American Team. Sport, Culture, and the Olympic Experience*. Urbana. University of Illinois Press.

Dussel, E. (1994). *1492: el encubrimiento del otro : hacia el origen del mito de la modernidad*. UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación Plural Editores. La Paz, Bolivia.

Ehrenberg, A. (1991). *Le culte de la performance*. París, Francia: Calmann-Lévy.

Elias, N. y Dunning, E. (2014). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Pról. de Raymundo Mier G.; trad. De Purificación Jiménez. – 3ª ed. – México: fce.

Fernandez Moores, E. (2019). *Juego, luego existo*. 1ª ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sudamericana.

Feinmann, J. P. (2018). *Una filosofía para América Latina*. -2ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta.

Feinmann, J. P. (2021, 21 de febrero). El Desierto sigue creciendo. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/326497-el-desierto-sigue-creciendo>

Frydenberg, J. y Sazbón. D. (2018). Deporte y modernidad en Argentina: problemas conceptuales y propuesta de abordaje. *Cuestiones de Sociología*, n° 18. <https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/issue/view/419>

Garriga Zucal, J., Hang, J. y Iuliano, R. (2018). Deporte: la dinámica de lo analizable. *Cuestiones de Sociología*, 18, e047. <https://doi.org/10.24215/23468904e047>

Guttmann, A. (1978). *From Ritual To Record: The Nature of Modern Sports*. Nueva York: Columbia UP.

Guttmann, A. (2000). "The Development of Modern Sports". en Jay Coakley y Eric. Dunning (comps.), *Handbook of Sports Studies*, Londres, Sage.

Hall, S. (2017). *Estudios culturales 1983: una historia teórica*. -1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.

Hobsbawm, E. (1994). *Historia del siglo XX*. Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea.

Huysen, A. (2006). *Después de la gran división: modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. -1ª ed. 1ª reimp. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Ibarra, M. (2020). "Cuentame tus testosteronas": un análisis sobre las regulaciones para jugadorxs transgenero e hiperandrógenas. *La ventana. Revista de estudios de género*. vol.6 no.52 Guadalajara.

Lichinizer, D. (2018). Los secretos detrás de la medición del tiempo en los Juegos Olímpicos a través de la historia. *Infobae*

Mandell, R. (1976). "The Invention of the Sport Record!", *stadion*, vol. 2, n°2.

<INFORMACIÓN ELIMINADA PROVISORIAMENTE PARA NO VULNERAR EL PROCESO DE REVISIÓN A CIEGAS> (Octubre, 2020).

Preciado, P. (2011, 2-4 de noviembre). Cuerpo impropio. Guía de modelos somatopolíticos y de sus posibles usos desviados. Seminario en la Universidad Internacional de Andalucía.

Rennie Short, J. (2012). *Globalization, Modernity, and the City*. Londres, Routledge.

Sanz Garrido, B. (2020). Influencia del éxito deportivo en la cobertura del deporte femenino español: los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y Río 2016. *Doxa Comunicación*, 31, pp.131-151.

Sesé Alegre, J. M. (2008). Los Juegos Olímpicos de la Antigüedad. *Cultura, Ciencia y Deporte*, vol. 3, núm. 9, noviembre, 2008, pp. 201-211 Universidad Católica San Antonio de Murcia. Murcia, España.

Tejeiro, D., Patiño M., Padorno C. (2005). "Identidad y estereotipos de la mujer en el deporte: una aproximación a la evolución histórica". *Revista de Investigación en Educación*, [S.l.], v. 2, p. 109-126,

Tenca, N. (2016). *Son de oro: de Atenas a Río 2016, historia de los juegos modernos*. 1a ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Deldragón.

Villalba i Varneda, P. (1994). *Olímpia: orígens dels Jocs Olímpics*. Centro de Estudios Olímpicos de Barcelona.

Wallerstein, I. (2006). *Abrir las Ciencias Sociales*. Novena edición en español. Siglo XXI editores, s.a. de c.v.

Wernicke, L. (2016). *Historias insólitas de los juegos olímpicos*. 1a ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Planeta.